

# Como ha vivido el Ministro de la Guerra Cuatro meses huyendo de la Policía

EL FOGONERO

UNA noche, a poco de frustrarse el movimiento revolucionario de diciembre, llegó a la oficina de Censura de Prensa, de Madrid, entre el montón de galeradas de *El Sol*, un telegrama que decía más o menos:

"Azaña en París.

"París. Procedente de Hendaya ha llegado el líder republicano don Manuel Azaña.—Espía." La Censura tachó el despacho, pero transmitió la noticia al Gobierno.

"¿Se nos ha escapado!", debieron pensar melancólicamente en la Dirección de Seguridad.

Los días siguientes fueron desfilando por el aserón de la calle de las Infantas todos los espías que había repartidos por Madrid, trayendo el relato de la evasión que circulaba por los cafés.

Era éste:

Azaña, al ver fracasado el alzamiento, fué corriendo a su casa, se disfrazó de fogonero, con esas ropas que ya tenía preparadas, y luego se marchó a la estación del Norte. Allí, un maquinista adicto, le hizo sitio en su máquina y se lo llevó. En Burgos se apeó de la máquina, montó en un automóvil que le esperaba y se fué a Vera de Bidasoa, a la casa de los Baroja.

Escondido en ella estuvo, hasta que unos guías seguros le facilitaron el paso de la frontera, a hurtado de la Policía y los carabineros... Llegó a Hendaya, sin novedad, tomó el tren, y a París.

Cuento la historia de un modo conciso. Tal como la contaban en la Granja el Henar resultaba mucho más movida y mucho más vistosa: había puertas secretas que se abrían de pronto, una barca de contrabandistas que se deslizaba a media noche por el Bidasoa, un centinela que gritaba en las tinieblas: "¡Alerta estaaaa!"... Era muy bonita, y en la Dirección de Seguridad costó tanto, que durante cierto tiempo la creyeron y dejaron de buscar por Madrid al ministro de la Guerra del Comité revolucionario.

EN PARIS NO ESTA...

Pero los emigrados españoles de París estaban estrechamente vigilados. Veinte o treinta agentes de Policía de la República francesa, gentilmente puestos por monsieur Chiappe al servicio de su majestad católica, los seguía de día y de noche. Algún que otro confidente especialmente enviado desde España se filtraba entre ellos... Esta gente se apercibió de que Azaña no se reunía nunca con los demás desterrados; de que no aparecía por ningún sitio... Y lo avisó a Madrid.

En la Dirección quedaron perplejos. ¿Dónde estaría, entonces, ese hombre?... ¿En Bélgica?... ¿En Suiza?... ¿Haría vuelto a la frontera?...

Un ejército de policías y espías se lanzó de nuevo a buscar noticias... Recorrían las calles, entraban y salían en los cafés, rondaban a los parientes y amigos del desaparecido...

Los jefes los azuzaban.

—¡Hay que dar con él—gritaba un personaje de la Casa—, hay que dar con él, que es "uno de los más peligrosos"!

No dieron con él. Pero poco a poco, según avanzaban en sus pesquisas, fué cundiendo entre

ellos una sospecha... La sospecha de que la historia de la evasión era falsa... Aquel viaje en la máquina; aquella estancia en la casa de los Baroja, lo de los contrabandistas, todo aquello, ¿no era una invención novelesca lanzada para despistarlos por los amigos del fugitivo?...

Por fin llegaron a tener la convicción de que no se había movido de Madrid...

EL PRINCIPE Y EL MEDICO

Estaba en Madrid, pero... ¿dónde?

La Dirección de Seguridad lo hacía buscar afanosamente. Su desaparición preocupaba mucho al Gobierno y en Palacio.

El médico del ex príncipe de Asturias era precisamente el mismo que de Azaña: un hombre de gran valor profesional, antiguo ateneísta, republicano, que, naturalmente, no encontraba incompatible con sus opiniones políticas el deber humano de socorrer a un muchacho enfermo.

Se cuenta que un día el príncipe le dijo:

—Usted es médico de Azaña, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y si Azaña se pusiera malo, le mandaría a llamar a usted?

—Probablemente.

UN PROFESOR DE CASTILLA

Ejecutarla hubiera sido, por otra parte, difícil, porque Azaña andaba errante por Madrid y nadie sabía dónde encontrarle.

Había desaparecido al mismo tiempo que casi todos los demás miembros de la Junta revolucionaria: el viernes, 12 de diciembre, el día del levantamiento de Jaca. Por la noche estaba con su mujer en el teatro Calderón, cuando le fueron a avisar que Galán se había sublevado, y que la Policía iba a detener de un momento a otro a todo el Comité central. Los agentes que desde hacía unas semanas le seguían, estaban apostados en la calle de Atocha, frente al teatro.

Entonces se levantó, fué al escenario, y, por la puerta de servicio que da a una calle de esas que hay entre Atocha y Progreso, corrió a buscar un lugar seguro donde esconderse.

—Allí—cuenta, sonriente—me tuve que estar agazapado el sábado, el domingo y el lunes, recibiendo sin cesar noticias sensacionales, pero todas falsas: que una brigada de Infantería se había sublevado y marchaba por el paseo de la Castellana; que en el cuartel del Conde Duque se batían las tropas... Desde allí vi volar los aeroplanos...

Fracasada la revolución y detenidos algunos jefes—Alcalá Zamora, Largo Caballero, etc.—, Azaña, perseguido constantemente, y, a veces, muy de cerca por la Policía, se lanza a una vida de vagabundo que dura cuatro meses: hasta el 14 de abril. No tiene casa fija. Para hoy, en un hotelito de la Guindalera; mañana, en una casa de vecindad de las Rondas; al día siguiente, en un piso del barrio de Argüelles...

—Cuando iba a pie por las calles—me explica un amigo que lo vió algunas veces en esa época—iba embozado en su capa y con el sombrero encasquetado; pero sin ningún disfraz. En las casas donde se alojaba, los dueños les decían a los criados y a los niños que era un amigo de provincias: un profesor de Castilla que venía a hacer unos estudios.

TROPIEZOS

No siempre lo creían.

—En mi casa—me dice uno de los amigos que lo albergaron—, cuando llegó, nos indicamos vagamente a las muchachas que era "un señor profesor amigo que venía de fuera".

El día que se fué se presentaron muy contentas a mi mujer:

—¿Sabe, señora?... El señor Azaña se ha empeñado en darnos una gran propina...

Mi mujer, figúrese, se quedó pasmada. Habíamos evitado escrupulosamente pronunciar jamás el nombre de nuestro amigo.

—Pero, ¿quién les ha dicho que ese señor se llama Azaña?



El ministro de la Guerra del Gobierno provisional, don Manuel Azaña.



Resultó que era que hacia algún tiempo había estado de visita en casa y que las chicas no le habían olvidado. Por lo demás no ha importado que lo conocieran: han guardado el secreto no sólo con lealtad, sino con habilidad.

Otra vez cayó en un hotel de las Ventas... Esta aventura me la ha contado el mismo Azaña:

—Una noche, la Nochebuena, por cierto, que no tenía dónde ir, me recomendaron un hotel por allá, por las Ventas... "Es un sitio muy bueno—me dijeron—. Un lugar retirado y tranquilo. La dueña de la casa es una excelente señora, muy republicana. Estará usted muy bien."

Fuí allá de madrugada. La señora, que ya estaba prevenida, me abrió en persona la puerta, me señaló mi cuarto, y me acosté tranquilamente.

Al día siguiente me estuve trabajando en la habitación hasta la hora de almorzar.

La casa no parecía mal, en efecto... El sitio era apartado...

A la hora de almorzar me llamaron, y fui al comedor... ¡Diablo!... ¡Estaba lleno! ¡Pero lleno!... ¡Veintitantas personas alrededor de la mesa!...

Y algunas me conocían, sin duda... Había, sobre todo, un muchacho al que recordaba del Ateneo, que mientras la señora me mostraba a la concurrencia, sosteniendo intrépidamente la tesis de que yo era un profesor de Valladolid, me miraba con los ojos muy abiertos, atónito...

En cuanto acabamos de almorzar, huí de allí.

LOS RETRATOS

El rostro del presidente del Ateneo les era poco familiar a los policías, y esto facilitaba sus andanzas; pero por aquellos días la Sociedad de escritores que señala el mejor libro del mes, premió su obra "Plumas y palabras". Los intelectuales le dirigieron este mensaje cuyos seis primeros firmantes son Unamuno, Valle-Inclán, Alcalá Zamora, Luis Bello, Fernando de los Ríos y "Heliófilo":

"El brillante éxito alcanzado por el libro de Manuel Azaña, "Plumas y palabras", cuyos valores literarios, con ser tan altos, no igualan a su trascendencia política, nos mueve a rendir a este autor leal y ferviente homenaje.

Manuel Azaña, si bien por su áspera honradez democrática, por el hidalgo recato con que cultiva su arte, y la rara exquisitez de lo que produce, no es autor cuyas obras hayan sido hasta hoy acariciadas por la popularidad, es uno de los escritores más insignes de la España del día. Su pensamiento, siempre vigilante, inquieto, agudo, amargo y personal, ha vivido perennemente sometido a ruda tensión, preocupado por los problemas nacionales, de cuyo estudio ha hecho parte central de las cavilaciones de su solitaria existencia. De esta compenetración con las cuestiones españolas, que, sin exagerar, puede decirse que en pocos espíritus contemporáneos vibran con tan dolorosa intensidad como en el suyo,

nace el que su estilo literario, todo sobriedad y brío, sea de una pureza, una firmeza, una robustez en su fría calidad, bronca y desapacible, lo más lejos posible de toda afectación, en forma que sólo en el acero de los párrafos de un Quevedo encontraríamos precedente a su escaeto y ceñudo vigor. Coincide también con su maestro, el señor de la Torre de Juan Abad, en la agria visión de las realidades de su patria y en la acongojada crítica que hace de ellas. Escritor, en suma, de la más acendrada y noble estirpe hispana.

Si lo tuviéramos aquí, entre nosotros, congregados a su alrededor en grato banquete, tendríamos la dicha de alzar nuestra copa en cordial celebración de la justicia que comienza a ser he-



Don Manuel Azaña en su discurso de la Plaza de Toros.

cha a sus merecimientos. Ya que está ausente y no cabe otra cosa, enviámosle, en este escrito, público testimonio de admiración."

Entonces, la Sociedad editora de "Plumas y palabras" comenzó a hacer una gran campaña de publicidad alrededor del libro, y a dar el retrato del autor en los periódicos.

Azaña los contemplaba malhumorado:

—¡Ya podían guardarse los retratitos!... A estas horas la Policía me debe de conocer mejor que al general Mola...

PASEOS POR MADRID

La Policía le perseguía muy de cerca. Ya se habían presentado los agentes en algunas de las casas en las que se alojaba, y habían hecho minuciosos registros. En dos ocasiones casi coincidieron con él: una vez llegaron cuando acababa de salir, y otra unos minutos antes de que volviera...

Sin embargo, seguía circulando por Madrid.

Una noche, hasta se reunió con otros dos de los líderes fugitivos: Lerroux y Marcelino Domingo. La reunión, de la que ya me había hablado Domingo, se celebró a las ocho de la noche, y en un sitio céntrico: en la plaza de la Villa.

Algunos domingos iba de tertulia, según su costumbre, a casa de los Baroja, calle de Mendizábal.

—Aparecía de pronto entre nosotros—cuenta Ricardo Baroja—misteriosamente, como si saliera de la tierra, y estaba de charla un buen rato... Luego se levantaba, se despedía y se iba embozado en su capa. Alguna vez quisimos acompañarle, escoltarle, no fuera a tener algún tropiezo; pero no nos lo consintió. Allá se marchaba solo, no se sabe adonde...

Las excursiones más pintorescas eran las que hacía para entrevistarse con los amigos políticos.

Casi todos los días tenía necesidad de ver a alguno: correligionarios de Madrid, que le daban informes y le pedían órdenes; enviados de provincias, que venían con misiones especiales; representantes de partidos aliados...

Recibir a tantas personas en las casas en que se albergaba, era imposible...

—Así—me cuenta—que las citaba en la calle...

—¿En la calle?

—Sí; de noche y en sitios poco frecuentados... El que prefería era la calle de Juan Bravo, allá por el final, donde apenas hay casas, ni alumbrado... En las primeras horas de la noche aquello no es que esté desierto precisamente... No... Está hasta muy concurrido... Ahora que es una concurrencia, que en general no se interesa por la política: parejas pagadas a las vallas de los solares; automóviles desmontados junto a los desmontes con los faros apagados; siluetas confusas que cruzan cogidas del brazo... Entre esa humanidad sentimental, nosotros paseábamos tranquilamente, discutiendo nuestros proyectos revolucionarios. Hablábamos en voz baja, claro; pero creo que hubiéramos podido hablar a gritos, sin peligro de que se enterara nadie...

COMO VIVIA

¿Cómo ha vivido el ministro de la Guerra durante los cuatro meses que ha estado errante por Madrid? ¿Qué hacía encerrado en esas casas por las que iba rodando?

El dueño de una de ellas me lo ha contado:

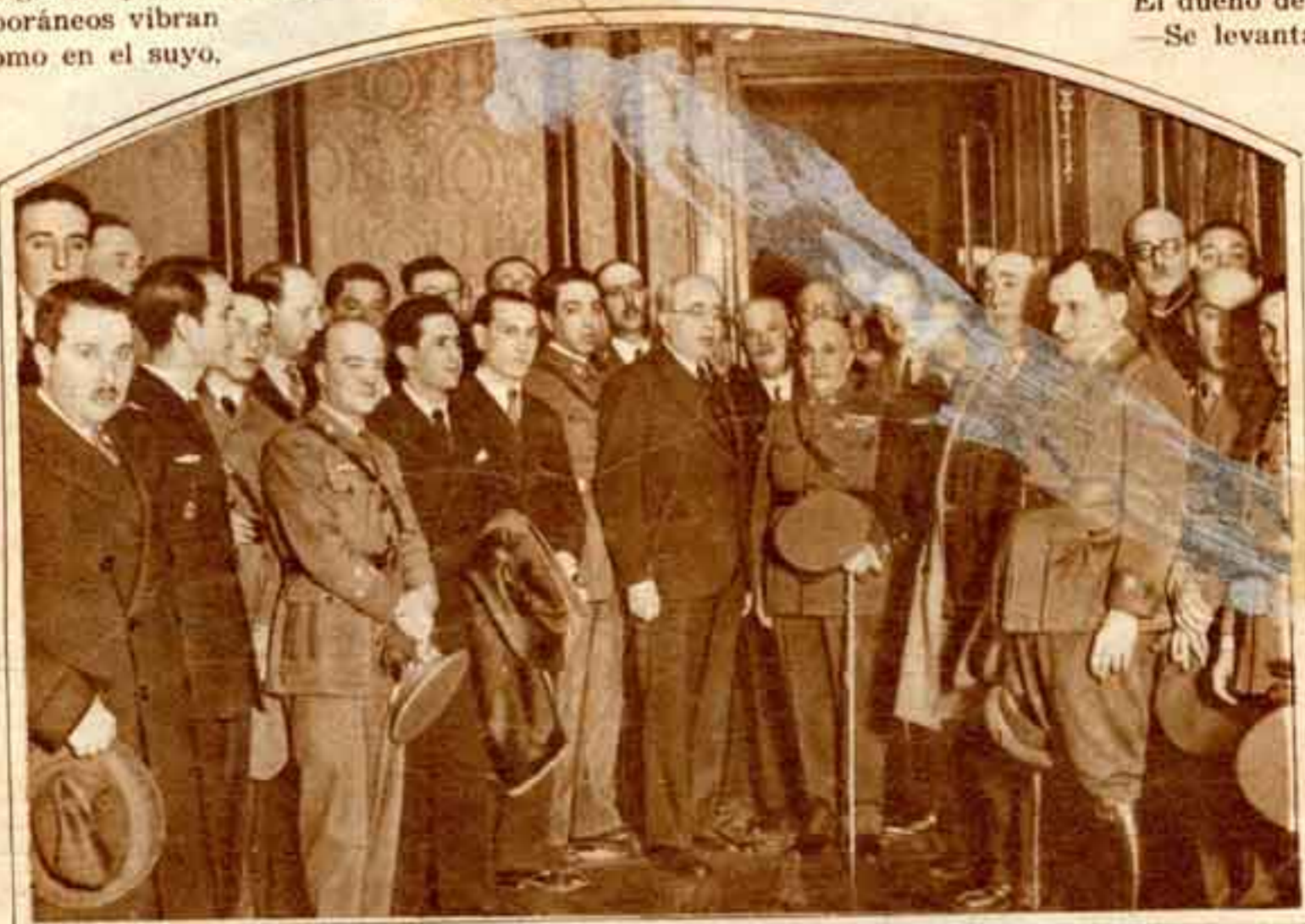
—Se levantaba temprano, repasaba los periódicos y despachaba la correspondencia. Después de comer leía, libros ingleses sobre todo, y escribía. Luego iba a la calle a verse con sus amigos; volvía, cenábamos y hacíamos un rato de tertulia hasta las once o las doce, que se retiraba.

Generalmente estaba animado, de buen humor. Sólo algunas veces, cuando tenía que permanecer recluido en casa unos cuantos días seguidos, se notaba que estaba un poco malhumorado...

Azaña, a quien le resultaba observación, río:

—¡Aburrido!... ¡Ya que estaba aburrido, ségame usted cómo se que me puse a escribir novela!... Creo que he hacer cerca de trescientas ginas...

V. SANCHEZ-OCAS



Don Manuel Azaña tomando posesión del Ministerio de la Guerra el día de la proclamación de la República.